

Oro de Rey

HERMOSURA DE LA RIBERA DEL TAJO

Por D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA



DMIRADO Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto a Elicio que al lado le venía, le dijo: no poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza de estas frescas riberas; y no sin razón, porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Betis y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga; y en las apartadas tierras, ha paseado las del Santo Tíber, y las amenas del Po, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sibeto, grande ocasión había de ser la que a maravilla me moviese de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices, según yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio; que con los ojos no veas la razón que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer que la amenidad y frescura de las riberas de este río hace notoria y conocida ventaja a todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Janto, y del conocido Anfriso; porque tiene, y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea, encima de la mayor parte de estas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor, parece que convida a regocijo y gusto al corazón que de él está más ajeno. Y si ello es verdad que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá abajo, creo firmemente que las de este río sean en gran parte ocasión de causar la belleza del cielo que le cubre, o creeré que Dios, por la misma razón que mora en los cielos, en esta parte haga lo más de su habitación. La tierra que lo abraza vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas, y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable, y el dorado río como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente entretejiéndose, forma como de industria, mil entradas y salidas, que a cualquiera que las mira llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces a mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que le causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas, y ricas caserías, que por ellas se ven fundadas. Y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte, es hecha artifice connatural del arte, y de entrambos a dos se ha hecho una tercia naturaleza, a la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcinoos pueden callar, de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles, y acopados mirtos: de sus abundosos pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga más, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Eliseos tienen asiento, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, que cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo río, y humedecen abundantemente las eras que por largo espacio están apartadas? (*Galatea, lib. VI.*)

